

rentes, porque no dice nada de su familia. Es muy fundada la conjetura de que pertenecía ella á la de Milecíades, porque su sepulcro estaba cerca de las puertas Melitidas en un terreno de Ática que se llamaba Cela, en donde había los sepulcros llamados Cimonios, en que no podia sepullarse nadie que no fuese de la misma. Tuvo por maestros, de filosofía á Anaxágoras, y de retórica á Antifon ¹, ambos célebres, de quienes se habla en el lugar correspondiente.

24. No ejerció Tucídides cargo alguno público: el autor anónimo no obstante dice que fué por poco tiempo magistrado supremo de Atenas: solo obtuvo el mando que se ha dicho en los siete primeros años de la guerra del Peloponeso. Cuando fué desterrado se retiró á Escaptesyla ciudad de Tracia, en donde su mujer heredera muy rica de aquel país poseía minas de oro. Pasó allí veinte, durante los cuales escribió su historia valiéndose de las notas que él mismo había tomado mientras sirvió en la milicia, y pagando bien á varios comisionados que tenía en ambos partidos para que le trajesen las noticias mas verídicas que fuese posible de los sucesos. Concluida la guerra hubo amnistía para los desterrados, y unos dicen que se aprovechó de ella para volver á Atenas, en donde murió, otros que fué asesinado en Tracia y que sus restos fueron llevados á aquella ciudad y colocados en el lugar que se ha dicho ². Los seis años que faltan para completar la historia de la guerra del Peloponeso fueron continuados por Jenofonte y Teopompo.

La obra de Tucídides se halla traducida al castellano por Diego Gracian, é impresa en Salamanca por Juan de Canova en 1564.

¹ Filostrato *Vit. Sophist.* I, 9, dice que Gorgias Leontino, ya viejo causaba la admiracion de Atenas con su elocuencia, y opina que tenía colgados de sus labios á los mas doctos, como entre los jóvenes á Critias y Alcibiades, y entre los viejos á Tucídides y Pericles.

² Aristófanés en las *Avispas* dice de un perro llamado á juicio por haberse comido un pedazo de queso, que padecía la enfermedad de Tucídides desterrado, esto es, que estaba paralizado de las mandíbulas porque no hablaba.

JENOFONTE.

Nac. en 445 ant. de J. C. — 399 d. R. — M. en 356. — 398 de R.

25. Catorce años tenía JENOFONTE cuando empezaron las primeras hostilidades entre Esparta y Atenas; por lo que se ve que la mejor parte de su vida se pasó entre el estruendo de las armas, habiendo durado aquella guerra 27, como se dijo en el número 19. En ella se portó como buen ciudadano, pues aunque tal vez no aprobaba que las dos repúblicas mas florecientes y mas poderosas de Grecia volbiesen contra sí aquellas armas que habían empleado tan valerosa y tan dignamente contra los ejércitos extranjeros; no obstante en todas las batallas en que se halló dió muestras de gran valor y acendrado patriotismo. En la de Delio hallándose rendido de cansancio, y no pudiendo andar por sus piés, Sócrates su maestro que también abrazó el escudo, y peleó con heroísmo, le tomó en hombros y le salvó. Concurrió á la escuela de aquel filósofo desde los 18 hasta los 30 años, y salió uno de sus mas aprovechados discípulos. El modo como entró en relaciones con Sócrates fué el siguiente. Se encontraron los dos en una callejuela en direccion opuesta, y al llegar cerca el uno del otro estendió este el baston que llevaba como para impedir á Jenofonte el paso. Obligado á detenerse, le preguntó el filósofo, si sabia donde se vendian las cosas necesarias á la vida. Contestada fácilmente esta pregunta, le dijo de nuevo, si sabia donde se formaban los hombres sabios y virtuosos; y como no supiese contestar, le dijo: ven y sígueme; y desde entonces fué constantemente su discípulo.

26. Sin duda su padre Grilo, que era un ciudadano distinguido de la tribu Arquiense, una de las de Atenas, había muerto, cuando concluida ya la guerra del Peloponeso, Ciro el joven, hermano de Artajerjes Mnemon, y uno de los príncipes mas apuestos de que nos hable la historia, pero al mismo tiempo dominado de una ambicion desmesurada, resolvió llevar adelante el plan mucho tiempo hacia concebido de destruir á su hermano. A cuyo fin á mas de su propio ejército

tomó un cuerpo de tropas griegas, que á la fama de su valor y disciplina, añadian entonces el estar aguerridas, y el haber formado de los combates como una necesidad ó segunda naturaleza. Podemos creer de aquellos soldados, que avezados á la vida militar no podían acostumbrarse á las dulzuras de la paz, y así prefirieron seguir una vida aventurera, poniéndose á sueldo de un príncipe extranjero, pero ignorando que iba á emplearlos contra Artajerjes. No fueron estos los motivos que guiaron á Jenofonte cuando pensó en ir también al Asia.

27. El mismo nos explica en su *Anabasis* que Proxeno beocio su amigo y huésped le escribió desde Sardes, invitándole á que fuese á alistarse bajo las banderas de Ciro con la esperanza de que adelantaría mucho más su fortuna que en Atenas. Aunque era ya hombre maduro no tomó por sí solo una resolución, sino que lo consultó con su maestro Sócrates, el cual le dijo que fuese al oráculo de Delfos. La Pitia le contestó conforme á la pregunta, pero esta nada tenía que ver con la oportunidad ó inoportunidad del viaje; no obstante se resolvió á marchar. Pronto mereció la amistad y confianza de aquel príncipe, el cual le ocultó la intención de emplear contra su hermano las tropas griegas. Con la muerte de Ciro, con la traición del grueso del ejército bárbaro, con la felonía de Tisafernes que bajo apariencias de amistad atrajo á su tienda á Clearco y á los principales jefes griegos para asesinarlos, quedaron sobre unos 10,000 enteramente aislados en el centro del Asia, sin guías, sin provisiones y sin caudillos; pero Jenofonte movido, dice, por un sueño, convocó á los oficiales más autorizados, y propuso los medios más conducentes para salir de aquel apuro, y emprender la vuelta á su patria con ánimo de vencer á los enemigos que les obstruyesen el paso, ó morir. Todo se hizo según sus consejos, y aquella retirada dirigida principalmente, y después escrita por él, es uno de los hechos más notables de la historia antigua, y uno de los documentos más útiles á la ciencia militar. Figurémonos á un puñado de hombres en el centro del imperio entonces más poderoso del mundo, rodeados de un ejército numeroso y vencedor, que debían abrirse paso con la punta de la espada en un espacio de

1,500 leguas de país enemigo, atravesar ríos caudalosos y rápidos, montañas escarpadas, y procurarse víveres y dirección á una tan grande distancia de su patria, los cuales consiguieron salvarse con muy pocas pérdidas. El hecho en sí es magnífico, pero la narración que hace de él Jenofonte le da si cabe mayores quilates. No se detiene en minuciosas descripciones del país recorrido, apuntando solo lo más notable y algunas tradiciones dignas de mencionarse; pero no omite nada de lo que era objeto de su obra. No parece sino que la estaba escribiendo mientras se verificaban los sucesos. Empieza por la expedición de Ciro, y acaba por la entrega que hizo de las tropas griegas á Timbron general lacedemonio.

28. Llegado á Grecia tuvo el disgusto de saber que Sócrates su amigo, su maestro y casi su padre, había sido condenado por una sentencia que cubrirá siempre de infamia á la ciudad de Atenas. No pudiendo volverle á la vida, le procuró una especie de inmortalidad escribiendo una obra titulada *Ἀπομνημονεύματα Memorabilia*, en la que al paso que probó su inocencia, dió á conocer gran parte de su doctrina con más sinceridad y naturalidad que Platon, el cual en varios de sus escritos á vueltas de los principios de su maestro publicó los suyos, ó á lo menos explicó aquellos demasiado artificialmente. Por esto la obra de Jenofonte hizo volver en sí á los atenienses, los cuales tenían el defecto de dejarse llevar demasiado de los encantos de la elocuencia y de la astucia de un orador osado; pero así que otro sabía tocar suavemente las delicadas fibras de su corazón, y les mostraba la verdad, se arrepentían de su primer arrebato, y corregían si era posible el error. Conocieron entonces la injusticia de su fallo, y lloraron la muerte de Sócrates como la de un padre común. En ella contesta á los tres cargos principales que dirigieron contra él sus acusadores. A cada uno opone aquellos dichos y hechos de Sócrates más conducentes para desvanecerlos. En la titulada *Apología* le defiende del de pertinaz y orgulloso, porque apoyado en su inocencia no había querido ceder en nada de lo que le aconsejaban para su bien sus amigos, ni humillarse á implorar la clemencia de los jueces.

29. Sócrates había previsto que no sería del agrado de los

atenienses que Jenofonte fuese á engrosar el partido de Ciro, porque se hallaban entonces en buena armonía con el rey de Persia, y porque Esparta su enemiga se había cómprometido á ayudar á aquel príncipe rebelde. Por lo que para salirse del compromiso le aconsejó que fuese á pedirlo á Apolo. No le valió esto para con sus conciudadanos, los cuales le condenaron á destierro. Desde entonces unió su suerte con la de los lacedemonios. Lleno de admiración por las prendas que adornaban á Agesilao rey de Esparta, y deseando este tener á su lado á un general tan experimentado y tan prudente cual era Jenofonte, le pidió que le acompañase en sus expediciones militares de Asia, en las que casi hizo bambolear el trono de Persia, y tal vez le hubiera derrumbado, si el oro de aquella nacion no hubiera corrompido los corazones viles de muchos griegos. Bajo el pretexto de que Esparta queria dominarlo todo, se formó una poderosa liga contra ella, que despues de algunas derrotas la obligó á llamar á Agesilao, el cual en medio de sus laureles voló al socorro de su patria. Parece que Jenofonte se halló en la batalla de Coronea, en que fueron derrotados los tebanos y sus aliados los atenienses. Algunos suponen que solo entonces y por este motivo se dictó contra él sentencia de destierro.

30. Como quiera que sea, y sin negar que Jenofonte fué uno de los hombres mas honrados de su tiempo, un buen patricio, y muy exacto en el cumplimiento de los deberes religiosos, de lo que se ven infinitas pruebas en sus obras, no puede menos de reprobarse su conducta en este caso, aun cuando ya antes se le hubiese impuesto el destierro. Él no debia por ningun estilo emplear las armas contra su patria. Es verdad que despues, cuando Lacedemonia hallándose muy apurada y casi al borde de su ruina, solicitó y obtuvo el auxilio de Atenas, Jenofonte mandó á sus dos hijos para que sirviesen en el ejército ateniense, de los cuales el mayor llamado Grilo dicen que dió en la batalla de Mantinea el golpe mortal á Epaminondas general de los tebanos y aliados, el mas hábil, mas sagaz y valiente de los de su tiempo, si escepuamos á Agesilao que corre parejas con él. Otros dicen que fué Calierates espartano quien le asestó aquel golpe. Grilo murió tambien en la refrie-

ga. Estaba su padre ofreciendo un sacrificio cuando le llegó la nueva de su muerte: por de pronto se quitó la corona, pero informado de que habia muerto como un valiente, la tomó de nuevo y dijo, *ya yo sabia que mi hijo era mortal*, y continuó el sacrificio. Los lacedemonios le habian dado unas tierras en Scilonte de Elide, pero con la entrada de los tebanos en el país de Lacedemonia, los eleos sacudieron el yugo de Esparta, y no hallándose Jenofonte seguro en su quinta, se retiró á Corinto en donde acabó sus dias á la edad de unos 90 años.

31. Mientras vivió en Scilonte se dedicó mucho á la caza á la que era muy aficionado, y con este motivo escribió un pequeño tratado titulado *Cynegético*, en el que hace el elogio de este ejercicio por los grandes hombres que se han dedicado á él: habla de las cualidades de los perros, del modo de adiestrarlos, de las redes, de los lugares mas propios para la caza, de varios animales que pueden ser objeto de ella; y finalmente de las ventajas que trae á la sociedad y al individuo un ejercicio que solo se mira como un pasatiempo muchas veces inútil y perjudicial. Aconseja á los jóvenes que se dediquen mas bien á la caza que á las vanas teorías de los sofistas. En lo que se ve que Jenofonte no pierde nunca de vista el objeto que se propuso en sus escritos, á saber, moralizar á los hombres, ó instruirlos para hacerlos mejores.

32. Entre los tratados de menos importancia se cuenta el *Hipárquico*, ó deberes de un general de caballería, principalmente en tiempo de guerra, en el que se le inculca al fin la confianza en los dioses, y la atención á todo lo perteneciente á su culto por el gran peligro á que se ve espuesto un jefe por la astucia de sus enemigos, del que no puede librarse sin una especial proteccion de la divinidad. En otro titulado *Hippiki* ó de los caballos, habla del modo de conocer los buenos, de tratarlos, de montarlos, de enseñarlos, y de las armas propias para la caballería. En el *de los Tributos* se demuestran los medios de aumentar las rentas públicas en Atenas para no hacerse odiosa la república exigiendo dinero á los aliados y ciudadanos. En la *República de los atenienses* se pintan los amañes de que se valia el pueblo para conservar el gobierno popular, las injusticias que cometia, y las quejas fundadas de

los aliados contra Atenas. En la *República de los lacedemonios*, se pone á la vista toda la legislación de Licurgo: en el capítulo penúltimo se habla de la alteración que ella había sufrido. En el *Symposium* ó banquete hablan varios interlocutores y entre ellos Sócrates, los cuales convidados por Callias hombre muy rico, se ocupan durante la comida y después de ella, de asuntos poco importantes y al parecer poco dignos de la reputación de aquel filósofo. El *Económico* es un tratado bastante largo en que se espone la doctrina del mismo sobre la economía doméstica. *Hieron* es un diálogo entre este rey de Siracusa y el poeta Simónides sobre la mayor ó menor felicidad de los reyes respecto de los particulares. *Agésilao* es un panegírico de este príncipe, como lo indican las primeras palabras del exordio, en el que pasa muy por alto sus defectos, mostrándose demasiado parcial.

33. Tucídides como se ha dicho (núm. 19), no pudo concluir su obra sobre *La guerra del Peloponeso*, de la cual solo escribió los 21 primeros años, y aun el último libro muestra bien que no había recibido la última mano. Por esto no se publicó viviendo él: el único manuscrito que había, dicen que fué á parar á manos de Jenofonte, el cual tuvo la delicadeza y buen juicio de publicarle en nombre del autor. Se da á esta acción un gran mérito por el poco escrúpulo que se hace generalmente de cometer estos plagios; y al parecer le era mucho más fácil á Jenofonte que á otro atribuirse aquella obra, en cuanto había sido testigo ocular de aquella guerra, había tomado parte en ella, y lo que es más, tenía afición á los estudios históricos y filosóficos, que es lo que se necesita para una obra de esta clase. Sin embargo estaba dotado de demasiado buen criterio para conocer que para apropiarse el trabajo de Tucídides le era preciso destejer todo lo tejido y hacerlo de nuevo, lo que le hubiera fatigado más que escribir la historia entera. ¿Cómo podía hacerse la ilusión de que no se conociera el hurto cuando era tan diferente la estofa de Tucídides de la de Jenofonte? El uno siempre serio y ensimismado, el otro expansivo y corriente; el uno estrechándose para ocupar menos espacio, el otro dilatándose conforme al asunto: el uno pesando las palabras y labrándolas á su gusto, el otro

tomando las comunmente adoptadas; el uno reflexionando mucho y haciendo reflexionar, el otro deslizándose suavemente por las cosas que cuenta, y teniendo siempre agradablemente entretenido al lector; el uno en fin muy tupido, el otro claro, terso y limpio. Hizo pues lo que debía hacer un hombre de bien; la publicó en nombre de su autor; pero él la continuó no solo hasta el combate naval de *Egos-potamos* (404 ant. de J. C.) en que terminó la lucha con la ruina de Atenas, sino que prosiguió la historia hasta la batalla de Mantinea (363 ant. de J. C.) en que se decidió la suerte de Esparta, que á su vez corrió gran peligro por la poderosa liga á cuyo frente estaba Tebas dirigida por el gran Epaminondas. La continuación de Jenofonte abraza hechos de los más importantes de la historia de Grecia, aunque verificados en no muy largo espacio de tiempo.

34. Se nota en este autor un poco de pasión por su patria adoptiva, pero que no llega hasta el punto de hacerle faltar á la verdad. Todos los que se han ocupado de la historia de Grecia, antiguos y modernos, han recurrido á Jenofonte para escribir lo perteneciente á la primera mitad del siglo 4.º antes de J. C., y lo han hecho con la confianza de que no quería engañarles. Escribía la historia contemporánea; lo hacía en conciencia; no se dejaba llevar de su imaginación, y por esto sus obras no participan de la poesía que se halla en la de Herodoto, ni de la pasión, á lo menos de una manera muy decidida. Así es que sus escritos se distinguen por la naturalidad; en ellos se ve aquella facilidad difícil de Horacio, aquella fluencia que encanta, y aquella lucidez tan apreciable en la historia y en general en toda composición. En los diálogos es admirable; las preguntas son sencillas, las observaciones claras, las réplicas oportunas, la trabazón natural, y suma la familiaridad entre los interlocutores aunque de distinto rango, como entre Hieron y Simónides. No es extraño pues que se diese á Jenofonte el nombre de abeja y de musa ática por la dulzura de su estilo, por la acertada elección de las materias, y por la variedad.

35. Falta hablar de su última obra, la *Ciropedia*, que compuso ya viejo en su retiro de Scilonte ó Corinto, como varias

otras de las que hemos mencionado. Algunos la toman como una novela; ella parece ser la historia de la educacion de Ciro el Grande, el fundador del imperio de los persas, como indica el título. Dicha educacion se supone rígida y muy parecida á la de Esparta. No hay ninguna dificultad en admitir que en la Media se diese una educacion mas esmerada á los principes que al comun del pueblo, ni en que Jenofonte recogiese en Asia muchas tradiciones y cuentos que corrian para ensalzar á aquel rey. En algunas cosas no está conforme con Herodoto, ni con otros autores; pero nadie puede asegurar que Herodoto y estos autores no se han equivocado. Por ejemplo, el nacimiento de Ciro parece mucho mas verosímil en Jenofonte que en aquel historiador. Este hace morir á aquel príncipe de muerte violenta, Jenofonte de muerte natural. Por esto hay variedad entre los historiadores mas recientes segun que lo han tomado del uno ó del otro. De la *Ciropedia* puede decirse lo mismo que de la *República* de Platon, esto es, que es muy buena en teoría, pero que no puede reducirse á la práctica. Este filósofo pinta en su tratado *Sobre las leyes* con colores no tan favorables como Jenofonte el carácter de Ciro. No se sabe quien de los dos escribió primero su obra; como quiera que sea, de esto y de no mencionarse casi nunca el uno al otro en sus muchos escritos se infiere que habia alguna rivalidad entre estos dos ilustres discípulos de Sócrates.

36. De la traduccion al español de la mayor parte de las obras de Jenofonte hecha por el secretario Diego Gracian dedicada á Felipe II, hay varias ediciones: la mas antigua parece que es la de 1532 en Salamanca en la imprenta de Juan de Junta. La mas moderna la de 1781 en la de la Gaceta.

37. CTESIAS de Gnido, médico de la reina Parisatis, madre de Artajerjes Mnemon, escribió una historia de Asiria y Persia de que se conservan algunos fragmentos en Ateneo, Plutarco y Focio, y la de la India, cuyo extracto hecho por Focio, prueba que estaba llena de fábulas.

FILISTO.

M. en 360 antes de J. C. — 394 de R.

38. Nació en Siracusa en el tiempo intermedio entre Gelon y Dionisio el 1.º Era un ciudadano rico, y como tal de mucha influencia en los negocios, pero no tanta como él quisiera cuando aquella ciudad estaba gobernada por un partido que no era el suyo, ó por unas autoridades que no hacian bastante caso de él. Sucedió que Agrigento ciudad muy rica é importante de Sicilia fué tomada por los cartagineses, lo cual se atribuyó á incuria de parte de los siracusanos. Reunida la junta popular, que al parecer estaba amedrentada por los magistrados, nadie se atrevia á hablar, y mucho menos á inculparlos por la pérdida de Agrigento. Dionisio que ya de mucho tiempo revolvía en su mente proyectos ambiciosos, aunque pertenecía á la clase media, arengó con mucha fuerza contra los magistrados por lo de Agrigento. Estos le condenaron como sedicioso á una multa, que no pudo pagar; pero FILISTO salió fiador ó la pagó, y el orador continuó con tal acritud que logró que el pueblo depusiese á los magistrados, y nombrase otros, entre los cuales habia el mismo Dionisio. Desde entonces Filisto fué su amigo y confidente mas íntimo. Cuando aquel se hallaba en el apogeo de su poder quiso tambien sobresalir como escritor. Envió algunas piezas á Olimpia durante los juegos; pero no fueron premiadas, antes bien fueron recibidas con desprecio. Y como lo atribuyese á envidia de sus mismos cortesanos, algunos fueron muertos, otros desterrados. Del número de estos últimos fué Filisto, aunque otros dicen que lo fué por haber casado sin haber obtenido licencia, con una sobrina del mismo Dionisio, hija de Leptines su hermano. Retirado á Adria en Italia escribió las antigüedades de Sicilia en 7 libros, y la historia de Dionisio en 4, á los cuales despues añadió la de su hijo llamado *el jóven* en 2, todo lo cual venia comprendido en el título general de *Cosas Sicilianas*. La primera obra abrazaba ocho siglos, y llegaba hasta el año 446 antes de J. C. Nada ha quedado de estos trabajos, á escepcion de algunas citas de au-

tores, que se han procurado recoger, como las de la Grande Historia de Salustio.

39. Aunque Ciceron le llama el pequeño Tucídides *ep. 13 ad Quint.* y dice de *Orat. 2.* que le parece haberle imitado de una manera especial; no obstante segun Dionisio de Halicarnaso le imitó solo en lo malo, y en esto lo hizo peor que su modelo. Le parece á aquel crítico que le faltaba orden, que por esta razon era oscuro, que las palabras eran rebuscadas y no usuales, la relacion demasiado ceñida al asunto sin permitirse digresiones, ni descripciones, que animan y embellecen tanto la historia; que los discursos no eran proporcionados á los personajes, pues que siendo militares ú hombres de gobierno, en lugar de inspirarles valor en las empresas les infundian ó debian infundirles desaliento; que se veia demasiado á las claras la intencion del autor de adular á Dionisio, y así faltaba evidentemente á la imparcialidad y sinceridad que deben distinguir al historiador; finalmente que el todo de la composicion era desaliñado, pero con cierta suavidad en el decir de que estaba dotado naturalmente Filisto. Solo en la discusion de grandes asuntos le da ventaja sobre Tucídides.

40. Filisto fué tambien hombre de armas llevar cuando era necesario. Permaneció siempre adicto á la familia de Dionisio. Muerto este, le sucedió su hijo del mismo nombre, que no tuvo ninguna de las buenas cualidades que entre las malas adornaban á su padre. Se hizo tan odioso, sobre todo despues del injusto destierro de Dion, que este con un puñado de hombres que trajo de Grecia, uniéndosele á su llegada casi todos los siracusanos, le obligó á encerrarse en la ciudadela, á donde acudió á socorrerle con una pequeña flota Filisto, el cual fué derrotado, preso, y muerto.

TEOPOMPO.

330 antes de J. C. — 424 de R.

41. Aunque se sabe la época en que vivió este célebre escritor, no es fácil fijar el año de su nacimiento, ni el de su muerte. Feller le hace discípulo de Sócrates, á no ser que por

errata de imprenta se lea Sócrates en lugar de Isócrates. El mismo cita á Josefo, el cual en su *Historia de los Judios*, libro 12, capitulo 2, refiere que TEOPOMPO insertó en una de sus obras algo de los libros sagrados de los judios, y que experimentó inmediatamente una turbacion de espíritu, de la cual no se libró, sino despues de haber quitado aquello, segun Demetrio Falereo en un discurso á Tolomeo Filadelfo. Como se dirá despues, Teopompo fué á la corte del padre de este príncipe. Ahora bien, se sabe el año en que murió Sócrates que fué el 399 antes de nuestra era: se sabe tambien el en que empezó á reinar Tolomeo 1.º Soter, que fué el 300. Hay demasiada distancia del uno al otro para hacer á Teopompo discípulo de Sócrates. Schoell le hace nacer hácia el año 360, lo que no se compadece con lo que generalmente se cree, á saber, que Teopompo ganó el premio ofrecido por Artemisa reina de Caria al que escribiese el mejor elogio de su difunto marido Mausolo. Este murió el año 353, y en el mismo, ó en el inmediato siguiente, pues la viuda le sobrevivió solo dos, tuvo lugar el certámen. No es posible que un niño de 8 años, ó estendiendo hasta el 370 el nacimiento, un jóven de 18 compitiese, segun unos, nada menos que con su propio maestro Isócrates, y segun otros, lo que parece mas probable, con otro del mismo nombre llamado Apoloniata para distinguirle de aquel, y los demás que se presentaron, y á todos venciese. Por otra parte no podemos retrotraer mucho la fecha del nacimiento, porque nos encontraríamos con el inconveniente notado antes. Así nos basta saber, que pertenece al siglo 4.º antes de J. C., ó sea á la mejor época de la literatura griega. Ojalá que se hubiesen salvado sus escritos, los cuales eran interesantes no solo por la materia, sino tambien por la forma, pues todos convienen en que á mas de la pureza de diction propia de aquella época, su estilo tenia una magnificencia particular, y un encanto sorprendente.

42. La mayor parte de ellos fueron históricos, á saber, la continuacion de Tucídides hasta el fin de la guerra del Peloponeso; 58 libros que tituló *Filípicas*, ó historia de Filipo rey de Macedonia y padre de Alejandro el Grande; las *Helénicas*, ó historia de Grecia en 11 libros, y un resúmen de Herodoto en

dos. Este autor sirvió de modelo á Trogo Pompeyo historiador latino, que tambien en una obra voluminosa compendiada por Justino, se ocupaba principalmente de aquel rey, por cuya razon le dió el mismo título. Teopompo tenia muchas circunstancias para escribir una buena historia.

43. Nació en Chio, isla del Asia en el Archipiélago. Su padre Damasistrato le dió una educacion esmerada. En las discordias entre Tebas, Atenas y Esparta que produjeron las guerras del primer tercio del siglo 4.º antes de J. C. aquella familia se habia declarado en favor de Esparta contra la opinion general de su país; por lo que tuvo que abandonarle. Probablemente Atenas fué la ciudad escogida para su residencia; á lo menos se sabe que nuestro autor asistió allí á la escuela de Isócrates. Dicen que pudo volver á su patria por recomendacion de Alejandro, pero que á la muerte de este tuvo que emigrar otra vez; algunos años despues fué á Alejandria, en donde fué mal recibido por Tolomeo, el cual pensó en darle muerte como hombre turbulento é intrigante. Durante su residencia en Atenas reunió todos los materiales para las obras que meditaba, ó las dió á luz en parte. En sus viajes se informó de los lugares en donde se habian verificado los principales acontecimientos: contrajo amistad con personajes distinguidos por su clase ó instruccion: estudió las costumbres de los países, las afecciones de los hombres, y las causas de los sucesos. Dicen que su historia era muy maliciosa; pero maliciosa, porque desgarraba el velo de muchos hechos ocultos, penetraba las intenciones de los protagonistas, y señalaba las verdaderas causas de muchos sucesos, que encubiertos con el mentido manto del bien público habian sido solo efecto de miras particulares. No puede negarse á lo menos que era muy instructiva, porque esplicaba el origen de muchas ciudades, las leyes de muchos estados, las costumbres de muchos pueblos: era tambien muy filosófica, por lo que se ha dicho antes, y porque contenia digresiones muy útiles sobre la virtud en general, ó algunas en particular, sobre la política, la economia, la religion: digresiones que la hacian extraordinariamente amena y provechosa.

44. No se sabe atinar la causa porque se perdieron unas

obras tan interesantes, mayormente si es cierto que en tiempo de Focio se conservaban aun 53 libros de las Filípicas. No puede atribuirse á otra cosa que á la manía que dió á los gramáticos de los primeros siglos de nuestra era de abreviar todas las obras, especialmente históricas, á cuya razon se atribuye tambien la pérdida de la citada latina de Trogo Pompeyo. Suponen que Filipo padre de Perseo, rey de Macedonia, ya habia mandado entresacar de la de Teopompo todo lo que fuese extraño al héroe principal, y que de este modo quedó reducida á 16 libros.

45. Segun Dionisio de Halicarnaso no solo fué un grande historiador, sino un orador sobresaliente, y uno de los discipulos que honraron mas la escuela de Isócrates: escribió muchos discursos de los géneros demostrativo y deliberativo. Y aun sin ellos mereceria ser contado entre los oradores mas ilustres, comparable en muchos trozos de sus historias con Demóstenes por la vehemencia en reprender los vicios, y en afear la conducta de algunos de sus personajes, y por la sublimidad con que alababa los actos brillantes de virtud ó de patriotismo. No obstante su estilo era algo amanerado: el deseo de aparecer dulce le hacia usar demasiadas vocales: las comparaciones segun el mismo Dionisio no eran siempre necesarias, ni venian al caso; daba finalmente crédito á ciertas fruslerias indignas de un historiador grave. Ciceron en su tratado de *Cl. orat.*, c. 17, dice hablando de Caton; «Hoy no gustan estos escritos, pero hace ya mucho tiempo que no se hace caso de Filisto de Siracusa, ni aun de Tucídides. Su estilo preciso y sentencioso, en que la sutileza del pensamiento y la brevedad de espresion perjudican alguna vez á la claridad, ha sido eclipsado por el tono pomposo y mas elevado de Teopompo.»

46. EFORO de Cumas contemporáneo de este fué el primero en componer una historia universal, que comprendia en 30 libros los sucesos principales desde la invasion de los Heráclidas en el Peloponeso (1190 ant. de J. C.) hasta el sitio de Perinto (340 ant. de la misma era). Los fragmentos fueron publicados en 1815 por Meier Marx. en Carlsruhe.